

UN MUNDO MEJOR: DATOS VERSUS RELATO

Alejandro Gómez

UCEMA

ag@cema.edu.ar

Una de las lecciones más tristes de la historia es esta: si se está sometido a un engaño demasiado tiempo, se tiende a rechazar cualquier prueba de que es un engaño. Encontrar la verdad deja de interesarnos. El engaño nos ha engullido. Simplemente, es demasiado doloroso reconocer, incluso ante nosotros mismos, que hemos caído en el engaño. En cuanto se da poder a un charlatán sobre uno mismo, casi nunca se puede recuperar. Así, los antiguos engaños tienden a persistir cuando surgen los nuevos.

Carl Sagan (2000, p. 230)

1 Introducción

En una conferencia dictada en octubre de 1956, Karl Popper sostenía que “las lamentaciones de los pesimistas se han convertido ya en algo monótono”. Parece que después de seis décadas –en los que se han producido extraordinarios avances en todos los aspectos de la vida–, estos lamentos no han disminuido, sino que se han multiplicado. Este *relato* apocalíptico suele surgir de la pluma de intelectuales de izquierda que canalizan su rechazo al sistema capitalista por medio de la cooptación de los centros educativos, los medios de comunicación y diversas ONG's que se convierten, de este modo, en los difusores y legitimadores de una visión trágica del mundo en que vivimos. Así, su *relato* se convierte en verdad, sin importar lo que muestran los datos, por más contundentes que sean. Lo único que cuenta para estos *profetas del pesimismo* es su relato, el cual, a fuerza de repetición, se vuelve realidad. Admitámoslo, de momento, nos han ganado la batalla, si hasta nos hacen sentir culpables cuando nos confesamos liberales y capitalistas.

Así las cosas, en este ensayo nos proponemos analizar la relación que existe entre los datos, las ideas y el relato, para ver si es cierto, como sostienen estos nostálgicos del pasado, que el capitalismo es un sistema que solo beneficia a los ricos y mantiene excluidos a los pobres. Nuestro argumento propone que, en los hechos, los *datos* con que contamos nos muestran una realidad totalmente opuesta a lo que sugieren los *relatores de izquierda*, y que el problema reside en que aquellos que promovemos las ideas de la libertad, nos hemos dejado “robar” el *relato*, el cual fue monopolizado por la pluma de los *intelectuales del pesimismo*. Para ello, hemos organizado el trabajo en tres partes: la primera, hará referencia a los datos duros, donde mostraremos cómo fue la evolución de la economía mundial en los últimos 200 años y qué impacto tuvo en la calidad de vida de la gente; en la segunda, veremos cuáles fueron las ideas e instituciones que permitieron este desarrollo en determinados países y cómo se facilitó su difusión a otras regiones en las últimas décadas; y por último, ensayaremos una explicación de porqué, aun con la evidencia empírica del progreso experimentado por la humanidad, se sigue insistiendo con un *relato pesimista* que sostiene que vivimos en un mundo injusto y de miseria creciente.

2 Primera Parte: Los Datos

2.1 La ilusión de un pasado mejor

En su libro *Progress*, Johan Norberg (2016, p. 99-100) nos da una idea de cómo era la vida cotidiana de una familia promedio antes de la Revolución Industrial. En el mismo, toma el caso de una niña de 10 años a

comienzos de 1800. En cualquier lugar del mundo en que naciera, su expectativa de vida sería de unos 30 años, tendría entre 5 y 7 hermanos, de los cuales ya habría visto morir a uno o dos de ellos, con una alta posibilidad de que su madre también hubiera muerto en el parto. Sus condiciones de vida, comparados con los estándares actuales, serían inaceptables ya que carecía de agua potable, sanitarios y letrina; todo lo cual la exponía a contraer tuberculosis, cólera, sarampión o viruela. Lo más probable, es que a su edad ya estuviera trabajando como empleada doméstica en la casa de otra familia y, por ser mujer, era considerada propiedad de su padre hasta que se casará cuando pasaba a serlo de su marido. Si éste le pegara o la violara no tendría penalidad (lo cual todavía sucede en algunos países). El mundo en que vivía esta niña era brutal, el riesgo de encontrar una muerte violenta era tres veces más alto que en la actualidad. Por el contrario, esa misma niña en la actualidad, tiene más posibilidades de alcanzar la edad del retiro que la que tenía de llegar a cumplir 5 años. Aun viviendo en los países más pobres, tiene mejores alimentos de los que hubiera podido tener viviendo en el país más rico de hace 200 años. Su riesgo de vivir una vida de extrema pobreza ha caído del 90% a menos del 10%; con lo cual, lo más probable es que ya no tenga que trabajar porque sus padres pueden cubrir su manutención. Además, tiene una gran posibilidad de vivir en una sociedad democrática que le permite participar activamente en el ámbito social, político y económico, el cual le ofrece la libertad de elegir con quien casarse (si decidiera hacerlo), votar a sus gobernantes y también postularse para ocupar cargos públicos.

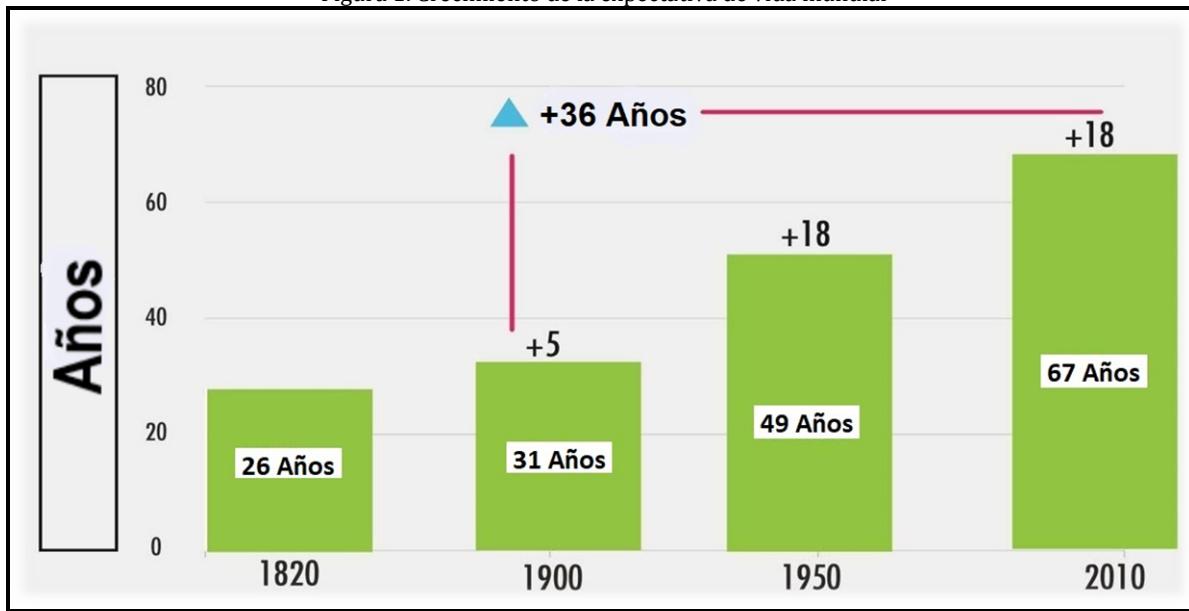
Afortunadamente, las condiciones de vida generales han ido evolucionando para dejar atrás un pasado de pobreza que lejos de ser idílico, era más bien catastrófico para la mayoría de las personas, aun para los que eran considerados ricos, ya que ni ellos se salvaban de las calamidades que representaban las hambrunas, las pestes y las enfermedades. Un parámetro claro para poder apreciar cómo ha sido esta evolución, lo podemos tener al comparar la cantidad de luz artificial que se podía comprar con una hora de trabajo promedio: en 1750 antes de Cristo, se podían comprar 24 horas de luz (provistas por lámparas de aceite); en 1800, se compraban 186 horas (velas); y hacia 1900, se podían adquirir 4.400 horas de luz (lámpara a kerosene). A mediados del siglo XX, se podía adquirir 531.000 lámparas incandescentes, y en 2010 la cifra llega a 8,4 millones lámparas fluorescente. Puesto de otro modo, una hora de trabajo de hoy puede comprar 300 días de luz artificial; en cambio una hora de trabajo de 1800 solo alcanzaba para adquirir 10 minutos. Así las cosas, en el presente, una hora de lectura nos cuesta menos de un segundo de trabajo con un sueldo promedio en Estados Unidos. Con lo cual, en 200 años experimentamos una mejora del 43,200% por una hora de luz (Ridley, 2010, pp. 20-21).

Pero sin lugar a dudas, a lo largo de la historia, el mayor problema fue la escasez de alimentos, algo que alarmó a Robert Malthus a finales del siglo XVIII, cuando comenzó a ver el pronunciado crecimiento de la población. Si bien, su preocupación demostró ser infundada, si lo analizamos teniendo en cuenta lo que venía sucediendo hasta ese momento, su preocupación poseía serios fundamentos. Pero lo que Malthus no atinaba a percibir, era la magnitud del proceso de cambio que se había iniciado a finales del siglo XVIII. Hasta ese momento, sin maquinarias adecuadas, sin irrigación artificial, ni fertilizantes; la amenaza de una catástrofe climática que afectara la provisión de alimentos era una constante, sumado a ello la ineficiente red de transporte y comunicaciones. Así las cosas, bajo estas condiciones, las hambrunas y las pestes, castigaban recurrentemente a la población. Un claro ejemplo de ello, es el caso de Francia, uno de los países más ricos del mundo, que sufrió 26 episodios de hambrunas entre los siglos XI y XVIII (Norberg, 2016, p. 11).

Durante los primeros años de la humanidad la vida era brutal, fea y corta. Principalmente fue corta por las enfermedades, la falta de alimentos y de sanidad. El peor momento fue la peste negra a mediados del siglo XIV, la cual provocó la muerte de poco más de un tercio de la población de Europa, despoblando zonas rurales y ciudades enteras. En esa época, enfermedades como la tuberculosis y la viruela, solo eran combatidas con plegarias y sangrías. Todo esto hacía que la expectativa de vida evolucionara muy lentamente hasta bien entrado el siglo XX, cuando se produce una gran difusión, a nivel global, de las mejoras sanitarias, la higiene y la medicina. Por ejemplo, dos de las civilizaciones más determinantes en el futuro desarrollo de Occidente, como lo fueron Grecia y Roma, tenían una expectativa de vida de entre 18 y 25 años. Paradójicamente, en las primeras décadas posteriores al descubrimiento de América y la expansión hacia Asia y África, las condiciones de vida empeoraron porque las poblaciones aisladas entraron en contacto con nuevos gérmenes, provocándose epidemias, como las de sífilis y viruela, introducidas por los europeos que regresaban desde América. Hacia 1830, la expectativa de vida en Europa todavía rondaba los 33 años; pero si lo tomamos a nivel mundial, hacia 1900, ese número no superaba los 31 años. Este oscuro panorama, se potenciaba por la falta de higiene e infraestructura sanitaria. La diarrea era la causa principal de mortalidad entre los niños menores de 5 años. En las villas de la Inglaterra medieval, las letrinas estaban situadas abajo del comedor; y si bien el wáter moderno fue inventado en 1596, las cañerías internas deberían esperar otros 300 años para comenzar a instalarse en los

hogares. Por ejemplo, en la pujante ciudad de Nueva York, hacia 1882, solo el 2% de las casas tenían conexiones de agua corriente y desagües (Norberg, 2016, p. 23, 27-28).

Figura 1. Crecimiento de la expectativa de vida mundial



Fuente: Programa de Desarrollo ONU.

Este oscuro panorama cambió gracias al avance del capitalismo que impulsó la difusión de infraestructura sanitaria y de la medicina, lo cual permitió una extensión de la esperanza de vida. Por ejemplo, en Estados Unidos, una persona nacida hacia 1920, tenía una expectativa de llegar a los 54 años; las nacidas en 1940 la extendieron hasta los 66 años, y en la actualidad hasta los 80 (Deaton, 2013, p. 33). Antes de esto, hasta mediados del siglo XX, era muy corriente que los padres vieran morir a algunos de sus hijos, ya fueran de familias ricas o pobres (Norberg, 2016, p. 28). Muchas veces, ante la muerte de un hijo joven, se suele decir que “no es natural que un padre vea morir a un hijo”. Sin embargo, la realidad es que, hasta antes de la irrupción del capitalismo, la norma era que los padres vieran morir a algunos de sus hijos, tendencia que solo se revirtió cuando los países desarrollados aplicaron de manera masiva normas de higiene, sanitarias y las medicinas. Estos son solo algunos de los cambios más importantes que produjo el sistema capitalista. Lamentablemente, los propagadores del *relato pesimista* no asocian –por ignorancia o malicia– al capitalismo con estos adelantos que tantos beneficios trajeron a toda la población, sin distinción de clases.

2.2 Vivir más y mejor

De todos modos, si solo se tratara de vivir más años bajo las mismas condiciones de antaño, entonces podríamos suponer que una extensión de la expectativa de vida, terminaba siendo una prolongación del sufrimiento que implicaba subsistir bajo las condiciones miserables que afectaban a la mayoría de la población hasta finales del siglo XIX. Afortunadamente, a comienzos del siglo XIX se comienza a dar un cambio en la tendencia que hace que lentamente las condiciones de vida mejoren. El punto de inflexión lo encontramos en la revolución científica que tuvo lugar en el siglo XVII, dando inicio a un proceso de transformación que se traduciría cien años después en mejoras de las condiciones de vida de la gente (Deaton, 2013, p. 165). Donde primero se vio reflejado este cambio fue en la producción de alimentos, lo cual se tradujo en una mayor disponibilidad de calorías, las que brindaron una mayor capacidad de trabajo a las personas. Éstas, al poder producir más, vieron incrementados sus ingresos y, con ello, también su capacidad de consumo (Fogel, 2007, pp. 9-21). Debemos tener presente que, hasta ese momento, al haber menos alimentos, la gente era más pequeña porque de este modo necesitaban menos calorías para funcionar, aunque esto suponía una trampa de la que era difícil salir, ya que, al ser más pequeños y débiles, podían trabajar menos horas al día, con lo cual no

podían procurarse los alimentos que necesitaban para producir más. Esta fue la *trampa de crecimiento* que mantuvo cautiva a la humanidad durante miles de años, la cual le impidió desarrollar todo su potencial productivo hasta mediados del siglo XIX (Deaton, 2013, p. 95).

El aumento en la producción de alimentos fue la clave para escapar de esta trampa milenaria, al tiempo que contribuyó al crecimiento económico y el desarrollo tecnológico. Al haber más comida, la gente dispuso de más energía. No debemos olvidar, que antes de la revolución industrial, la principal fuerza motriz era la tracción a sangre, en especial la humana, destinaba a operar pesadas herramientas (la tracción a sangre animal, si bien estaba presente, era más costosa y, por ende, menos utilizada). Así, al mejorar la alimentación e incrementarse la energía disponible en cada individuo, se verificó un aumento en la producción y en la productividad de cada trabajador. Adicionalmente, al estar mejor alimentadas, las personas pudieron prevenirse de las enfermedades que padecían regularmente; lo que les permitió liberar la energía que consumían tratando de combatirlas, para aplicarla al trabajo y producir más, de este modo pudieron satisfacer más necesidades (Fogel, 2007, pp. 33-34). Pero aún más importante que esto, fue la posibilidad de poder procesar nuevos conocimientos, ya que, al recibir todos los nutrientes en sus primeros años de vida, el ser humano pudo desarrollar mejor su cerebro y su capacidad cognitiva. Una muestra de cómo fue la evolución de la ingesta de calorías desde 1700 en adelante para Francia y Gran Bretaña, se aprecia en la tabla 1.

Tabla 1. Suplemento calórico en Francia y Gran Bretaña

Año	Francia	Gran Bretaña
1700		2.095
1705	1.657	
1750		2.168
1785	1.848	
1800		2.237
1803-12	1.846	
1845-54	2.480	
1850		2.362
1909-13		2.857
1935-39	2.975	
1954-55	2.783	3.231
1961		3.170
1965	3.355	3.304
1989	3.465	3.149

Fuente: Fogel (2007, p. 9).

Este aumento en la disponibilidad de alimentos, fue complementado con la introducción de mejoras sanitarias y la incorporación de nuevas medicinas, que sirvieron para prevenir y curar enfermedades. El progresivo proceso de urbanización, que tuvo lugar a partir de 1800, hizo que la población estuviera expuesta a más contaminación porque durante las primeras décadas del mismo, no se construyó la infraestructura sanitaria pertinente. De hecho, había más letrinas públicas en la antigua Roma que en la ciudad de Manchester en el siglo XIX. Precisamente, este fue uno de los primeros problemas en los que se enfocaron Robert Koch y Louis Pasteur. Una forma de combatir las enfermedades que se difundían por falta de higiene, era utilizando medicinas que, por lo general, eran muy costosas, con lo cual solo eran accesibles para los más ricos. Una de las enfermedades que mayor cantidad de muertes causaba en el siglo XVIII era la viruela. Y si bien su vacuna fue introducida en Inglaterra a comienzos de 1700 (solo disponible para un sector de la aristocracia), hubo que esperar hasta mediados del 1800 para que llegara a un mayor número de personas, produciendo un marcado descenso en las víctimas fatales por esta enfermedad. Otro adelanto de la época fue la introducción de la quinina, proveniente de Perú, la cual se utilizaba como tratamiento contra la malaria.

En la segunda década del siglo XX, Alexander Fleming introdujo los antibióticos que permitieron terminar con las amputaciones y las infecciones. Antes del descubrimiento de la penicilina, los pacientes morían en los hospitales por pequeñas cortaduras, mientras que los niños morían de escarlatina y otras infecciones. En este

proceso, fue importante el aporte de Joseph Jackson Lister quien, desde mediados de 1820, desarrolló mejores microscopios que contribuyeron a impulsar el desarrollo de la microbiología. Uno de los hombres responsables de salvar más vidas en la historia de la humanidad fue Maurice Hillman, quien mientras trabajó en los laboratorios Merck, desarrolló más de 25 vacunas, que salvaron millones de vidas (Norberg, 2016, p. 24-32). De todos modos, cada adelanto que se introducía tomaba su tiempo en ser adoptado por la mayoría de las personas, por dos motivos: el primer obstáculo era la desconfianza que despertaban su aplicación, ya que nadie quería hacer de *conejillo de indias*; y el segundo, era el alto costo que tenían las medicinas en la etapa inicial de experimentación, tal como sucede en la actualidad.¹

A finales del siglo XIX, muchas ciudades norteamericanas comenzaron a construir sistemas de agua corriente, alcantarillado y recolección de residuos. Como consecuencia de esto, la expectativa de vida en Estados Unidos creció más a partir de este momento que en cualquier otro período de su historia. Un estudio muestra que el agua potable fue responsable del 43% del total de la reducción de la mortalidad (74% de la reducción de la mortalidad infantil y 62% en los jóvenes) (Norberg, 2016, pp. 24-32). Por su parte, la aplicación de prácticas higiénicas que hoy damos por sentadas, pero que eran totalmente desconocidas a comienzos del siglo XX, también contribuyeron a mejorar la vida de las personas, aunque llevó su tiempo adaptar los nuevos hábitos higiénicos, ya que la gente lo veían con desconfianza. Por ejemplo, hacia 1900 los hoteles de Nueva York no tenían la costumbre de cambiar las sábanas de la habitación cuando se alojaba un nuevo huésped (Deaton, 2013, pp. 88-201).

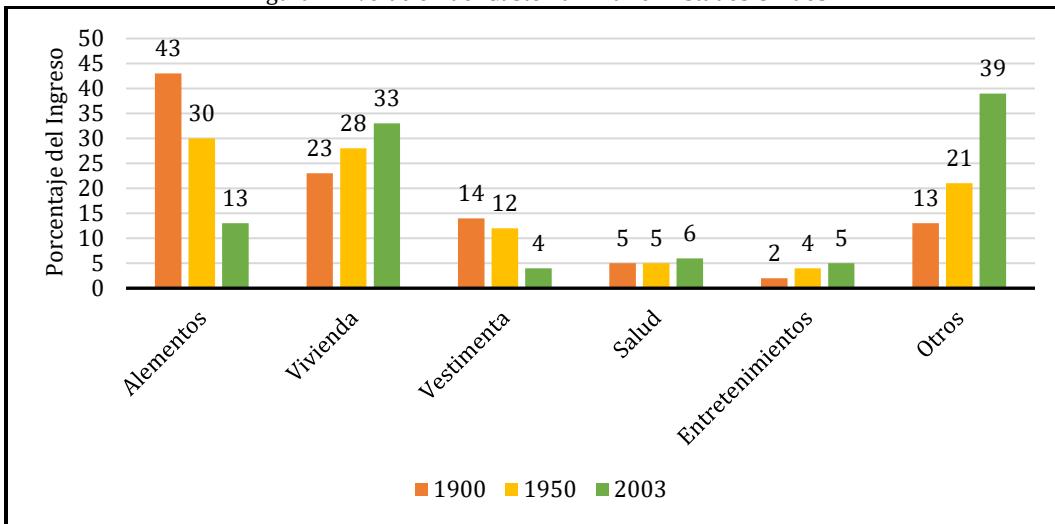
2.3 Nuevas formas de trabajar y de gastar

Todo lo que venimos reseñando tuvo un impacto positivo en la población, ya que permitió que se adoptaran nuevas formas de trabajar y producir. Entre 1820 y 1880, mientras la población inglesa creció un tercio, los trabajadores aumentaron su ingreso real un 100%. Si la tendencia previa a la revolución industrial se hubiera mantenido inalterada, se habrían necesitado unos 2.000 años para duplicar los ingresos de esos mismos trabajadores. Los ingleses lo consiguieron en solo 30 años. Nunca antes se había experimentado algo similar (Norberg, 2016, p. 38). Para ello, fue fundamental la acumulación de capital que proporcionó la revolución agrícola. Gracias a ella, los propietarios de las tierras dispusieron de muchos más ingresos de los que podían consumir y, en consecuencia, se hicieron de ahorros que ofrecieron en el mercado a través de las instituciones financieras, convirtiéndose en uno de los pilares del capitalismo. Precisamente, este sistema económico, fue el que impulsó la producción en gran escala para abastecer al mercado global que comenzó a extenderse a comienzos del siglo XIX gracias a la *revolución del transporte*, la cual produjo una disminución de las distancias y una marcada caída en los costos con la introducción del ferrocarril y el barco a vapor.

Una familia promedio de la actualidad, en los países capitalistas, consume mucha más ropa, alimentos, bebidas, muebles y aparatos electrodomésticos, que los millonarios de hace 100 años (Cox y Alm, 1999, p. 102). El gráfico 2, muestra cómo ha sido la evolución del consumo en Estados Unidos en los últimos cien años; en el mismo se aprecia un constante descenso en la incidencia de los consumos básicos en favor de la incorporación de nuevos bienes y servicios que hacen la vida más cómoda y placentera. Este es un claro indicador de que en aquellos países donde impera el sistema capitalista, los pobres, lejos de ser perjudicados, tienen muchas más oportunidades de mejorar su calidad de vida.

¹ Cada vez que se introduce una nueva tecnología existe un doble costo; por un lado, el de ser el que lo va a experimentar por primera vez; y por el otro, el económico. Generalmente, los que asumen estos costos son las personas con más recursos. Luego si la tecnología o el adelanto en cuestión funciona y tiene utilidad para el público en general, se comienzan a producir de forma masiva. Un claro ejemplo de esto, son los teléfonos móviles y las PC's de comienzos de 1980's que costaban una fortuna y tenían una capacidad muy limitada.

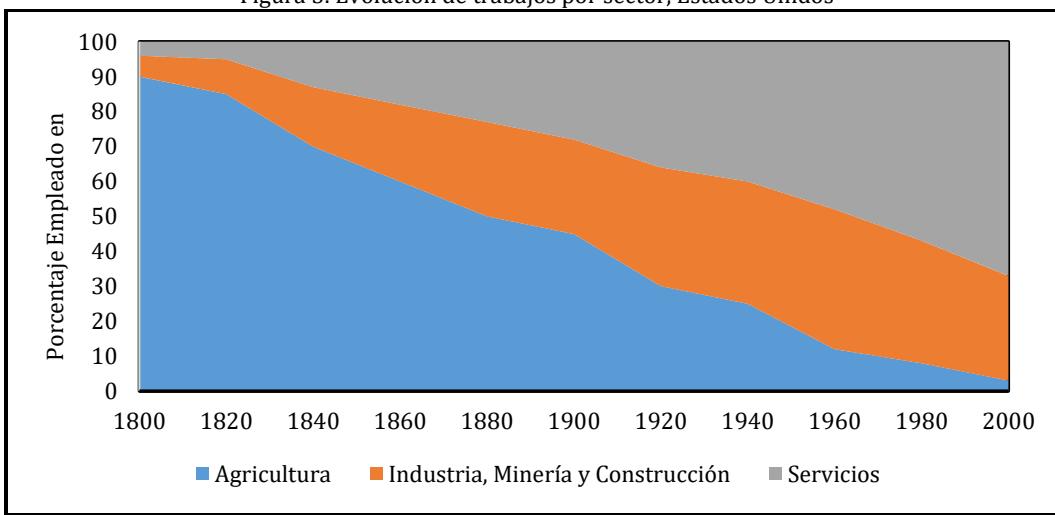
Figura 2. Evolución del Gasto Familiar en Estados Unidos



Fuente: Hoy Americans Spend Money, *The Atlantic*, 5-Apr-2012

Los cambios en las formas de producción, afectaron significativamente –muchas veces en forma negativa– la vida de las personas, especialmente la de aquellos que debían emigrar a las ciudades en busca de nuevas oportunidades, ya que las tareas que realizaban en el campo, estaban siendo reemplazadas por la incorporación de maquinaria agrícola y nuevos sistemas de producción. Emigrar a las ciudades no fue sencillo ya que, al llegar a las mismas, el panorama que se les presentaba no era el mejor. La paradoja de este peregrinar, es que los campesinos al convertirse en trabajadores industriales, también contribuyeron a la desaparición de muchos de los trabajos que, hasta ese momento, eran realizados por los artesanos urbanos. De todos modos, en el mediano y largo plazo, observamos que la mayoría de las personas se terminó beneficiando con los cambios, tanto en su rol de trabajadores, por el aumento de su productividad, como en el de consumidores, por la baja en los precios y la aparición de nuevos bienes y servicios. Por lo general, se suele hacer hincapié en que la adopción de nueva tecnología destruye puestos de trabajo, pero no se sostiene con el mismo énfasis que también se crean muchos otros que hasta ese momento no existían, posibilitando la aparición de nuevos sectores en la economía, especialmente en el área de los servicios (ver figura 3).

Figura 3. Evolución de trabajos por sector, Estados Unidos



Fuente: Cox y Alm (1999, p. 142)

En todas las épocas hubo oficios y ocupaciones que se perdieron, y otros que aparecieron. A lo largo de los últimos cien años, se observa que han desaparecido o perdido preponderancia los torneros, campesinos, cazadores, pescadores, fabricantes de ruedas para carroajes, tintoreros, jardineros, fabricantes de velas, de carretas, puesteros, herradores, limpia chimeneas, sombrereros, carteros y aguateros, entre muchos otros. Este fenómeno es producto de la aparición de una nueva forma de hacer las cosas, gracias a la incorporación de la tecnología y/o a cambios disruptivos que crean sustitutos impensados hasta ese momento. De este modo, se genera una sinergia que acelera la velocidad del cambio a medida que nos acercamos al presente. Este proceso, afecta la capacidad de adaptación de los trabajadores, ya que cada vez debemos responder con mayor velocidad a las nuevas demandas laborales. En este punto, el problema no es la pérdida de puestos de trabajo, sino que los que surgen demandan nuevos conocimientos y habilidades para poder desempeñarlos (Cox y Alm, 1999, pp. 111-125).

Esto no significa que ignoremos a aquellos que pierden sus trabajos, seguramente sufren un daño difícil de cuantificar, pero es el costo que debemos asumir para tener acceso a nuevos bienes y servicios. En la actualidad, nosotros somos los beneficiarios directos de este proceso de cambio. Muchas de las tecnologías y adelantos que disfrutamos en el presente impactaron negativamente en trabajos y oficios que desaparecieron al momento de su irrupción en el mercado. Por ejemplo, en 1800, el 95% de los norteamericanos se dedicaban a producir los alimentos que se necesitaban para darle de comer a todo el país. Hacia 1900, la cifra había descendido a 40%; hoy el número es de solo el 3% (Figura 3). Esto muestra que las personas que permanecen en el campo cada vez producen mucho más. Lo que merece ser destacado en este punto es que, si este proceso de disminución de puestos de trabajo rurales no hubiera ocurrido, los estadounidenses tendrían muchos menos bienes, ya que cerca del 90% de su población activa estaría dedicada solo a producir alimentos, dejando solo el 10% de sus trabajadores para producir el resto de bienes y servicios.

Un claro ejemplo de lo que venimos hablando es el de la evolución del empleo en el sector de las comunicaciones. En 1971 Estados Unidos, empleaba 421.000 trabajadores que realizaban 9,8 billones de llamadas de larga distancia al año. Veinticinco años después el número había descendido a 164.000, aunque la cantidad de llamadas había crecido a 94,9 billones. Esto fue posible gracias a la adopción de nueva tecnología que permitió un aumento exponencial en la productividad de las operadoras. En 1970 cada una podía atender 64 llamadas al día, en 1996 la cantidad pasó a 1.585. Lo que nos muestra este caso es que, si se pretendiera manejar la misma cantidad de llamadas sin incorporar tecnología, se necesitaría emplear 4,1 millón de trabajadores o un 3,2% de la fuerza laboral del país, en lugar del 0,14% que se empleaba con el sistema introducido en la década de 1990, todo lo cual se vería directamente reflejado en un considerable aumento del costo de las llamadas (Cox y Alm, 1999, pp. 128-129). Lo paradójico -o no tanto- de este ejemplo es que en la actualidad estos números son totalmente irrelevantes ya que, con la *revolución* en las comunicaciones, sobre todo la telefonía móvil y las llamadas por PC, las operadoras prácticamente han desaparecido, así como también lo han hecho los costos de las llamadas. Lo interesante del caso es que, aun cuando se perdieron cientos de miles de puestos de trabajo con la adopción de la nueva tecnología, no se observan manifestaciones demandando retornar al viejo sistema -más costoso y menos eficiente- para defender a estas trabajadoras.

En las últimas décadas, el ejemplo que acabamos de mencionar se ha replicado en muchas ocasiones. Hemos sido testigos de una serie innovaciones y adelantos tecnológicos, que convirtieron nuestras vidas en más productivas, saludables y confortables. Entre ellos, podemos mencionar cosas tan diversas, como: televisores, aviones, viajes de placer, el desarrollo de la energía atómica, el rayo láser con sus múltiples aplicaciones, los trasplantes de órganos, cirugías de todo tipo, implantes, el descubrimiento del ADN y su aplicación en diversas áreas; los CD's, DVD's, precedidos por los ya antiquísimos audio y video casete, la máquina de fax y las antenas satelitales, todos ellos reemplazados por el *streaming*. También, asistimos a la difusión de las computadoras personales (PC), las impresoras láser y las impresoras 3D, que prometen revolucionar completamente el mundo en que vivimos. Todo esto acompañado y potenciado por la difusión de internet, cada vez más rápida y accesible, junto con los teléfonos inteligentes que permitieron poner gran parte de estos adelantos a un costo muchas veces cercano a cero. Con solo un ejemplo, podremos tener una verdadera dimensión del cambio que estamos transitando. Veamos el caso de los procesadores que hoy utilizan los teléfonos inteligentes. En 1981, 1 gigabyte de RAM (mil millones de bytes) era una cantidad impensada, no solo por la imposibilidad de generarla, sino porque habría costado más de 6 millones de dólares. Por esta razón, la primera PC de IBM venía con 16 kilobytes (16.000 bytes) de memoria; es decir, 62.500 veces menos que un teléfono inteligente básico o 250.000 veces menos que uno de alta gama. Casi quince años después, en 1995, cada megabyte de RAM costaba 100 dólares; con lo cual, la cantidad de memoria en un teléfono básico actual

habría costado 100.000 dólares. Ese mismo año, Microsoft lanzó Windows 95, que funcionaba con 4 megabytes, mil veces menos que una notebook actual (Ariel, 2017). Esta extraordinaria evolución en los procesadores, que cada vez son más poderosos y más baratos, nos ha permitido tener acceso a muchos de estos adelantos en la palma de la mano (cuadro 2).

Aplicación	Tabla 2. Valor de las aplicaciones incluidas en un Smartphone				
	\$ (2011)	Nombre Original del Dispositivo	Lanzamiento	PSF	Valor 2011
Video Conferencia	gratis	Compression Labs VC	1982	\$250.000	\$586,904
GPS	gratis	TI NAVASTAR	1982	\$119,900	\$279,366
Grabador de voz digital	gratis	SONY PCM	1978	\$2,500	\$8,687
Reloj Digital	gratis	Seiko 35SQ Astrom	1969	\$1,250	\$7,716
Cámara de 5 Mpixel	gratis	Canon RC-701	1986	\$3,000	\$6,201
Biblioteca de Medicina	gratis	e.g. Consultant	1987	\$2.000	\$3,988
Reproductor de Video	gratis	Toshiba V-8000	1981	\$1,245	\$3,103
Cámara de Video	gratis	RCA CC010	1981	\$1,050	\$2,617
Reproductor de Música	gratis	Sony CDP-101 CD player	1982	\$900	\$2,113
Enciclopedia	gratis	Compton CD Enciclopedia	1989	\$750	\$1,370
Consola de Video Juegos	gratis	Atari 2600	1977	\$199	\$744
Total	gratis				\$902,065

PSF: Precio Sugerido por el Fabricante

Fuente: www.diamandis.com/data

3 Segunda Parte: Instituciones e Ideas

3.1 Libertad, propiedad, capital

Los avances que hemos reseñado, no ocurrieron al mismo tiempo en todos los rincones del planeta, ni se produjeron de la misma forma en aquellos países donde tuvieron lugar. En esta parte del trabajo indagaremos sobre las causas del progreso que se experimentó a partir de comienzos del siglo XIX. Cuál fue el punto de inflexión que hizo que la mayor parte de la humanidad que por tantos milenios había subsistido en condiciones de extrema pobreza comenzara a desandar el camino del progreso y la creación de riqueza; y por qué este cambio se dio en algunos países y no en otros.

Si analizamos las condiciones al momento de iniciarse el proceso de transformación, se observa que hubo tres características que se repiten en todos los países que lograron salir de la pobreza: *libertad individual, derechos de propiedad y acumulación de capital*. Precisamente, desde mediados del siglo XVIII surge en Europa Occidental una corriente de pensamiento político que promueve el principio de la libertad individual como contrapartida al poder absoluto y los privilegios de sangre; al tiempo que desde el punto de vista económico comienza a predominar la predicción de Adam Smith quien, en su *Riqueza de las Naciones*, impulsa el libre comercio y la división del trabajo. La propagación de estos principios, que se venían incubando desde finales del siglo XVII, permitió liberar la capacidad creadora de las personas, la cual hasta ese momento solo había experimentado pequeños espacios de libertad en algunas regiones y por períodos muy acotados. De este modo, a partir del siglo XIX, el mundo se comenzó a integrar en un mercado global de bienes, servicios e ideas.

Precisamente, fueron las *ideas de la ilustración*, que ensalzaron la libertad individual y la igualdad ante la ley, las que liberaron al hombre de su *encierro mental*, poniendo fin a la supremacía de la autoridad política y religiosa que había predominado hasta ese momento. Al librarse de estas ataduras, el hombre comenzó a experimentar sin límites ni restricciones, poniendo en duda todo el sistema de conocimiento acumulado hasta ese momento. Claro que, para emprender esta *aventura*, el hombre debía contar con dos condiciones fundamentales: primero, que la única penalidad que iba a afrontar por sus experimentaciones fuera la de su propio fracaso; y segundo, que de tener éxito pudiera usufructuarlo económicamente. Aquí es donde entra a jugar el principio de la *propiedad privada*. En este sentido, el incentivo económico juega un papel determinante

en el accionar de los emprendedores y en el futuro desarrollo de la humanidad, ya que nadie va acurrir en esfuerzos y riesgos si nada le asegura que, de tener éxito -el cual suele ser esquivo en la mayoría de los casos-, podrá disponer de los beneficios que éste depare.

De este modo, cuando la libertad y la propiedad privada, están presentes para un mayor número de personas y durante un tiempo prolongado, habrá mejores condiciones para generar riqueza, la cual no solo estará disponible para sus creadores, sino principalmente para los consumidores y también para aquellos que deseen innovar y experimentar en nuevos emprendimientos. Así, el excedente no consumido por sus creadores, puede ponerse al servicio de otros -por medio del crédito- que quieran emprender y no cuenten con capital, iniciándose de este modo un ciclo virtuoso de más creación de riqueza y más capital disponible. Este fue el origen de la mayor parte de los adelantos mencionados en la primera parte de este ensayo. Cada vez que alguien inicia la *aventura emprendedora*, requiere de capital, ya sea éste en la forma de conocimiento (educación), de maquinarias o inmuebles, o del tiempo que se invierte en el proceso de prueba y error que hay que superar antes de alcanzar el éxito. Todo esto se financia con la riqueza que alguien acumuló primero y que luego puso a disposición del proceso productivo. Si esto no fuera así, siempre estaríamos empezando de cero, que es lo que sucede en las sociedades donde no se fomenta la creación y acumulación de capital. Dicho esto, es importante remarcar que no es el capitalismo el que empobrece a la gente, sino su ausencia.

3.2 *La virtud del intercambio*

Con el paulatino abandono del mercantilismo durante la segunda mitad del siglo XVIII, se produjo una apertura del comercio internacional que permitió el flujo de materias primas, productos manufacturados y capitales. Hasta ese momento se creía que la prosperidad de un país se fundaba en la existencia de economías cerradas y autoabastecidas. Los imperios coloniales que surgieron desde 1500 se basaron en esa premisa. Pero, a partir de 1800, se observa un cambio en el cual la prosperidad y el crecimiento económico se producen en los países que se alejan del sistema de autoabastecimiento para integrarse en una economía de interdependencia. Esto transformó a las familias, que hasta ese momento eran unidades de trabajo de producción lenta y diversificada, en unidades de producción sencillas, pero con consumo diversificado. En otras palabras, las familias y los países dejaron de producir todo tipo de bienes, para concentrarse en los que se tenía una ventaja comparativa con respecto al resto, dando un gran impulso a la *especialización*. Al especializarse, las personas aumentaron su productividad y, consecuentemente, su capacidad de consumo. Este cambio fue fundamental, ya que contribuyó a revertir la idea, generalmente aceptada, que sostiene que el autoabastecimiento es sinónimo de riqueza e independencia económica.

En realidad, los hechos muestran que el incremento acumulativo de conocimiento, generado por la especialización, es lo que nos permite consumir mayor cantidad y diversidad de bienes. Al concentrarnos en producir un solo bien, en lugar de muchos, nos volvemos más eficientes y en consecuencia obtenemos más por cada unidad de trabajo empleada en el mismo. Esto, a su vez, aumenta nuestra capacidad real de demandar otros bienes que, al estar expuestos al mismo principio, son ofrecidos a precios más bajos. Cuando uno deja de ser autosuficiente, significa que comienza a trabajar para otras personas, dándole sentido a invertir tiempo y esfuerzo en mejorar la tecnología y especializarnos para aumentar nuestra productividad y obtener mejores resultados en el intercambio. Así, se opera un fenómeno virtuoso en el cual cuanto más intercambio existe, más cosas se pueden producir, generándose más innovación y bienes disponibles. Sin este proceso de libre intercambio, hubiera sido muy difícil acceder a todos los adelantos que poseemos en la actualidad, ya que es la especialización la que promueve las destrezas y las mejoras constantes (Ridley, 2010, pp. 99-100).

3.3 *El poder de las ideas*

Karl Popper sostiene que “*el patrimonio más precioso del ser humano son sus ideas*”, y a continuación agrega: “*nunca tenemos bastantes*” de estas. Precisamente esta escasez de ideas es lo que caracteriza al ser humano. Pero el problema, no es solo que tenemos pocas ideas, sino que la mayor parte de ellas no son gran cosa (Popper y Lorenz, 1992, pp. 71-73). En el mismo sentido se alinea el texto de F. S. von Hayek “*El uso del conocimiento en la sociedad*” publicado en 1945, en donde sostiene que el conocimiento se halla disperso entre los miles de millones de seres humanos que actúan en el mercado; con lo cual la única forma de progresar sería dejar que cada uno de estos individuos pueda contribuir con su cuota parte, con el fin de poder acercarnos a un

conocimiento más amplio que nos permita avanzar. Este enfoque deja atrás la utopía colectivista de poder acceder al *conocimiento total* por parte de gobernantes *iluminados* que nos digan qué hacer, cuándo y cómo.

Por este motivo, no es casualidad que cuando las ideas pueden fluir más libremente y a mayor velocidad, el conocimiento y el progreso se aceleran. La invención de la imprenta de tipos móviles a mediados del siglo XV fue una herramienta fundamental para comenzar a desandar este camino, aunque se necesitaría todavía un par de siglos, para que las personas pudieran gozar de mayor libertad individual cuando a finales del siglo XVIII se comenzaron a difundir las ideas del gobierno limitado y la apertura comercial. Como hemos señalado, un gobierno limitado es la garantía para la libertad y la propiedad privada, que a su vez incentivan la generación de riqueza a largo plazo cuando las comunidades salen de su encierro y se disponen a intercambiar con otras.

Al ponernos al contacto con otros países y culturas, no sólo realizamos intercambios de bienes y servicios, sino que también podemos aprender de sus experiencias, sus ideas y ver cómo hacen las cosas, en qué sentido nos superan y cómo podemos mejorar. Este flujo de ideas y conocimientos, nos brinda la posibilidad de progresar mucho más allá del mero hecho de una ganancia económica. Cada vez que un mercader medieval llegaba a un nuevo puerto, no solo llevaba sus mercancías sino también una visión del mundo y una forma de hacer las cosas. De este modo llegaron a Occidente, muchas ideas y conocimientos que tenían su origen en el lejano Oriente. Claro que la adopción de nuevas ideas no es algo sencillo, ya que en un principio ponen en crisis el sistema de conocimiento que nos dio seguridad hasta ese momento. Inclusive, cuando uno pone en duda el conocimiento, también pone en duda la autoridad que lo legitimó, por ello tiene lógica que los que más se oponen al cambio son los mismos que ejercen la autoridad, ya sea esta política, religiosa, intelectual o económica.

Por este motivo, toda nueva idea siempre representa un peligro para el *status quo* de la sociedad, nos incomoda a nosotros porque nos llena de dudas y a la autoridad porque cuestiona su legitimidad. De alguna manera, aquí se encuentra la explicación de por qué el progreso demoró tanto tiempo. O, dicho de otro modo, por qué el progreso comenzó a suceder a partir de 1800. Fue la falta de libertad para intercambiar ideas lo que mantuvo acotado el conocimiento durante tantos siglos. Pero cuando, a finales del siglo XVIII, se abrió el comercio y las ideas empezaron a fluir fuera del ámbito del control de la autoridad política, la innovación comenzó a transformar el mundo. Las ideas finalmente salieron de su encierro, liberando todo su potencial creador. Gracias al libre comercio, el ser humano tuvo la posibilidad de intercambiar libremente sus ideas, conocimientos y experiencias. Como sostiene Ridley (2010, pp. 40-46, 70), “el intercambio es a la tecnología como el sexo a la evolución”.

Cuando un país, con el argumento de proteger la economía nacional y los puestos de trabajo, obstaculiza el intercambio por medio de barreras aduaneras y todo tipo de controles al comercio exterior, lo único que hace es poner trabas al progreso; ya que nos aísla del mundo, impidiéndonos el acceso a nuevos conocimientos e intercambio de ideas. Esto significa un alto costo para la sociedad, ya que los seres humanos aprendemos habilidades copiando a los individuos más prestigiosos y exitosos, aprovechándonos de los errores que cometieron otros para no incurrir en ellos. Cuanto más conectada está la población, mayor es la cantidad de maestros habilidosos que nos permitan aprender de sus errores o *fracasos productivos*. En este sentido, es importante tener presente, que el espectacular crecimiento que se produjo a partir de 1800, no se debió a una mejora sustancial en el cerebro de las personas, sino en la posibilidad que tuvimos de ampliar y difundir nuestras redes comerciales, lo que permitió interconectar cerebros que hasta ese momento se encontraban aislados, como lo estaban las computadoras antes del surgimiento de internet (Ridley, 2010, pp. 77-80).

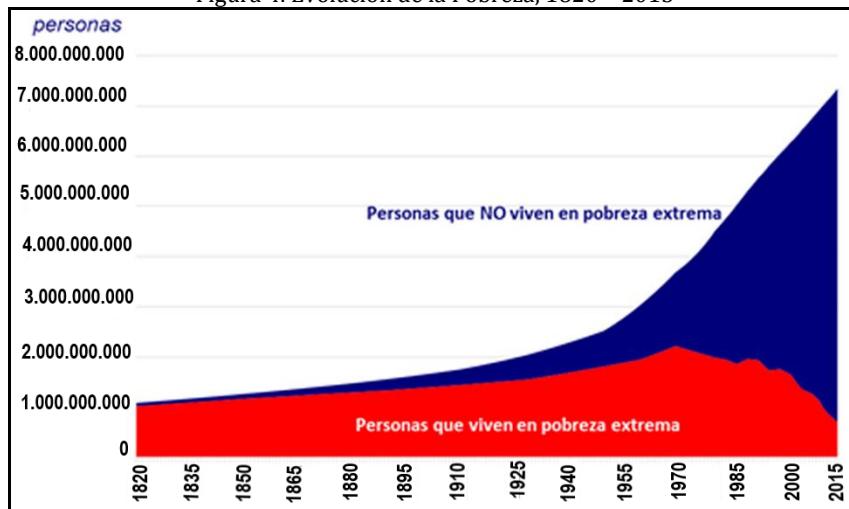
Pero solo el libre intercambio de ideas no basta. Para que las ideas florezcan y se desarrollen deben estar expuestas a la crítica, ya que sin crítica no hay conocimiento. Hablamos aquí, de una crítica libre, sin condicionamientos. El conocimiento, al ser provisional siempre debe estar expuesto a ser revisado y criticado (*falseado* en términos popperianos). Cuando no existe la crítica, que nos genera nuevos problemas, entonces el conocimiento y la sociedad se estancan. Si observamos los países que más han avanzado en los últimos 200 años, veremos que en ellos están presentes las condiciones que el filósofo Gerard Radmitzky (en Popper y Lorenz, 1992, p. 156) identificó como: “la aparición de una tradición crítica cuyo principio regulador es la verdad; el reconocimiento por principio de la falibilidad de las capacidades de conocimiento humano, y la convicción de que la discusión racional constituye en todos los ámbitos de la vida una ayuda a la resolución de los problemas.”

4 Tercera Parte: El relato

4.1 La paradoja capitalismo

Cuando planteamos el subtítulo de este ensayo, lo hicimos pensando en que la disparidad que hay entre los datos que presentamos en la primera parte y lo que solemos escuchar a diario en los medios masivos de comunicación y en el ámbito académico. Consideramos que el fracaso del capitalismo está más la efectividad de su *relato* que en los hechos. De alguna manera, los liberales, concentrados en promover un mundo mejor en el que libre mercado genere condiciones para crear riqueza, descuidaron la forma de comunicar los beneficios que nos proveyó la economía de mercado y el *orden espontáneo*; entregando el *relato* a los populistas de izquierda y derecha. Se asumió que los datos solos terminarían por imponer una visión positiva del capitalismo, pero por lo visto no fue así. Si uno presta atención a lo que sostienen políticos, comunicadores e intelectuales, parecería que el mundo no ha hecho más que empeorar desde la irrupción del capitalismo, especialmente en las últimas décadas en las que permanentemente se alzan voces anunciando la próxima catástrofe humanitaria, aun cuando tales afirmaciones carezcan de sustento fáctico como lo muestra de manera contundente el gráfico 4.

Figura 4. Evolución de la Pobreza, 1820 – 2015



Fuente: www.ourworldindata.com (Basado en Banco Mundial y Bourguignon y Morrison, 2002)

Los datos deberían eximirnos de mayores comentarios. Sin embargo, el relato anticapitalista parece tener más vigencia que nunca, ya que seguimos escuchando cotidianamente que el capitalismo ha creado una sociedad más injusta y desigual. Según estos *profetas del fracaso y el desencanto*, antes de la irrupción del capitalismo, la vida era más tranquila, las calles menos peligrosas y las personas eran más amigables y solidarias, ya que no habían sido alienadas por la *fiebre consumista*. Esta visión idealizada del pasado, suele provenir de personas que no padecieron una época en la que lo único que abundaba era la pobreza. Los encargados de difundir este panorama pesimista, fueron los artistas e intelectuales de comienzos del siglo XX, quienes veían amenazados sus privilegios, ya que cuando el cambio comienza a circular no solo lo hace en la esfera de la economía, sino también en todas las áreas del quehacer humano. Así, las nuevas ideas y expresiones artísticas comenzaron a reemplazar a las que hasta ese momento eran consideradas “intocables”, poniendo en riesgo el *statu quo* de muchos.

Esta reacción antiliberal, dio paso a ideas colectivistas que se irían desarrollando a lo largo del último siglo bajo distintas banderas políticas, primero identificadas con el socialismo, el nacionalismo y el nacionalsocialismo; y en los últimos años, bajo el radicalismo ambientalista y feminista, que representan la unión de la izquierda y la derecha en su *oscuro mirada* del mundo. Lo que une a estos grupos es el rechazo ante cualquier intento de rescatar el individualismo y el capitalismo liberal, a los que consideran los principales causantes de la pobreza, proponiendo como alternativa, la implementación de una economía planificada que,

según ellos, es mejor que la economía de mercado, la cual está dominada por las grandes corporaciones multinacionales (McCloskey, D., 2010, pp. 40-41).

Lo irónico de la situación es que los detractores del capitalismo liberal, para difundir su visión pesimista, se valieron de todas las herramientas que les proveyó el sistema que desprecian. Esto se verifica a partir de la década de 1930, cuando la irrupción de la radiofonía y el cine sonoro, abrió la posibilidad de llegar a grandes audiencias, a través de la puesta en escena de cuidadosos discursos incendiarios y apocalípticos, los cuales tenían su sustento en meticulosos estudios de marketing; disciplina que en aquellos años se había desarrollado de manera profesional gracias a las grandes compañías comerciales que buscaban llegar mejor a los consumidores. Un par de décadas después, con la irrupción y difusión de la televisión la penetración de las ideas colectivistas sería aún mayor; a lo que se le agregó un mayor control estatal de la educación que, por medio de los planes de estudios (primarios, secundarios y universitarios), se encargaron de difundir las ideas asociadas con los principios del *estado benefactor, la justicia social y los derechos colectivos*; todo lo cual llevaría a erradicar de las aulas y los medios cualquier vestigio de las ideas liberales, las cuales fueron perdiendo visibilidad con el paso de los años; entre otros motivos, porque quienes proponían su difusión, encontraban difícil conseguir trabajo en los centros académicos o que se publicaran sus escritos, ya que el mayor financiamiento provenía del Estado, que era el principal blanco de sus críticas.

La *paradoja del capitalismo* vendría a consistir en que los capitalistas que supieron crear un mundo de consumo masivo y pudieron hacer llegar sus productos a casi todos los rincones de la tierra con gran éxito, no supieron tener la misma eficiencia para destacar las virtudes del sistema ético que creó las condiciones para que tal cambio tuviera lugar a partir de 1800. Los liberales, de momento, no supieron “vender” el sistema de valores y principios que provocó un cambio extraordinario en la sociedad. Por su parte, los anticapitalistas, aprovecharon todos los medios creados por el capitalismo para difundir su visión pesimista de la sociedad. Al cooptar los medios masivos de comunicación y el sistema de educación pública, han logrado casi monopolizar el relato desde el cual propagan su *colectivismo humanista*. Puesto en otros términos, el capitalismo creó las herramientas que luego utilizaron los colectivistas para atacarlo. El progreso económico y tecnológico que nos permitió tener un acceso masivo a educación, radios, televisores, computadoras y redes sociales, fue funcional para la difusión de las ideas colectivistas y anticapitalistas que rechazan el sistema que posibilitó su existencia.

Al haber cedido el ámbito del relato por tantas décadas, se hace muy difícil cambiar la percepción de las personas, aun cuando los datos sean contundentes. Como señala Carl Sagan en la cita que inicia este ensayo, cuando uno vive engañado por mucho tiempo, prefiere dejar de buscar la verdad. Los términos capitalismo, libre mercado, liberalismo, individualismo y egoísmo, fueron vaciados de su verdadero contenido hace muchas décadas. Quizás nos hemos “dormido en los laureles” pensando que con los hechos bastaría para que la gente entendiera que el sistema de libre mercado es el que nos brinda más y mejores posibilidades de desarrollarnos como personas. Como vemos, si bien los hechos son fundamentales, no alcanzan por sí solos. Debemos mejorar nuestras habilidades para comunicar y difundir los valores éticos y morales de una sociedad libre, no solo por la riqueza material que genera y, sobre todo, porque es el sistema que más respeta y protege el derecho a la vida y a la diversidad de las personas. Mientras los emprendedores siguen introduciendo cambios y avances tecnológicos que mejoran nuestras vidas, los medios de comunicación y las aulas están colonizados por pesimistas que machacan sobre la desigualdad, la brecha tecnológica, la contaminación ambiental y la redistribución de la riqueza. Por ello, es fundamental que los liberales hagan hincapié en el *relato*, que en la práctica parece tener tanta o más importancia que los *datos* puros y duros; especialmente, porque los cambios y adelantos no impactan a todo el mundo de la misma forma ni a la misma velocidad, con lo cual siempre habrá gente descontenta y dispuesta a ser manipulada por políticos colectivistas. El *relato* liberal no solo debe concentrarse en los adelantos materiales, sino que hay que enfatizar otras cuestiones como el progreso que se observa en la participación política, los derechos individuales y las libertades que gozamos desde el advenimiento del sistema liberal a comienzos del siglo XIX en adelante (Popper, 1991, p. 438).

En los últimos doscientos años, no solo la economía ha prosperado, es más, ésta no habría progresado de no haber existido primero la posibilidad de asegurar derechos como la libertad individual y la propiedad privada para la mayoría de las personas. Todo esto se tradujo en el fin de los privilegios, la difusión del sufragio universal, la libertad de expresión como un valor esencial de las sociedades democráticas, el respeto al derecho de las minorías (raciales, sexuales, religiosas, ideológicas) y la defensa a la participación activa en la vida política de una nación. Todos estos adelantos, fueron promovidos por pensadores liberales y a partir de estos principios se pudo promover el crecimiento económico, ya que como la libertad es indivisible, no la puede haber en un ámbito y no en otro; y por consiguiente no puede haber progreso económico si al mismo tiempo

no hay progreso en las libertades individuales. Está claro que siempre podemos estar mejor, pero no debemos olvidarnos que gozamos de democracia gracias a las ideas liberales y no a las que profesaban personajes como Hitler, Stalin o Castro.

5 Un mundo mejor

“A pesar de nuestros grandes y serios problemas, y a pesar de que la nuestra no es seguramente la mejor sociedad posible, sostengo que nuestro mundo libre es, con mucho, la mejor sociedad que haya existido en todo el curso de la historia humana... En ninguna otra época y en ninguna otra parte los hombres han sido más respetados, como hombres, que en nuestra sociedad. Antes nunca los derechos humanos y la dignidad humana han sido tan respetados, y antes nunca ha habido tantas personas dispuestas a realizar grandes sacrificios por otros, especialmente por aquellos menos afortunados que sí mismos” (Popper, 1991, p. 442). Esta era la respuesta que daba Karl Popper, a comienzos de los años sesenta del siglo pasado, a las visiones negativas que provenían tanto del colectivismo de izquierda como de derecha. Como vemos la cosa no ha cambiado mucho en los últimos cincuenta años, aun cuando el mundo es un lugar mucho mejor que en aquel entonces.

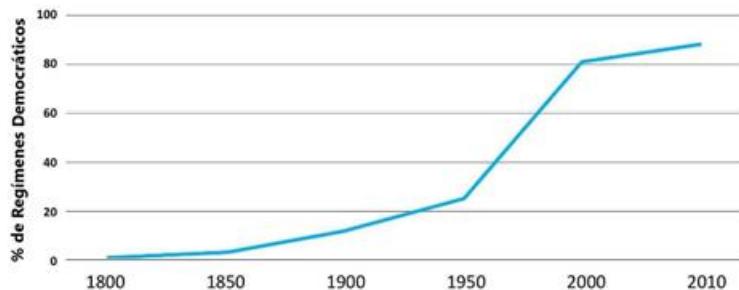
Desde aquella época hasta el presente, hemos asistido a una serie de cambios que la mayoría de las personas desconoce porque no los han vivido ni les han explicado cómo sucedieron. Inclusive, quienes sí experimentaron esas mejoras, prefieren olvidar cómo era la vida antes de las mismas, ya que muchas veces ese recuerdo los retrotrae a situaciones incómodas o penosas. Sin embargo, lo recordemos o no, el mundo no siempre fue como lo conocemos. Las cosas que se han inventado a lo largo de las últimas décadas hacen nuestra vida mucho más fácil, cómoda y saludable. Hoy podemos tener en la palma de la mano el control de tantos dispositivos, los que, de haber existido hace 50 años, solo habrían estado disponibles para multimillonarios y ocuparían edificios enteros, consumiendo una cantidad de energía inimaginable. Hoy gozamos de adelantos y tecnología que nos ayudan a vivir mejor, pero al mismo tiempo generan cambios en el trabajo y en las relaciones personales, todo lo cual también nos genera inseguridad.

A lo largo de la historia, cada momento de cambio disruptivo trajo consigo incertidumbre y dificultades. Adaptarnos a las nuevas tecnologías y a diferentes formas de trabajar nunca fue fácil. En la actualidad, hay que añadirle otro inconveniente que está asociado a la mayor velocidad con que suceden los cambios, además de que contamos con una cantidad de información que hasta hace unos años parecía inimaginable. Paradójicamente, en el pasado, el problema radicaba en la falta de información y en la lentitud con la que sucedían los cambios; en el presente, es exactamente al revés. Pero ello no significa que sea peor, sino que debemos repensar la forma en la que interpretamos y analizamos la abundancia de datos que tenemos disponibles y cómo utilizamos las nuevas herramientas/aplicaciones que surgen constantemente. El mundo en el que vivimos está signado por una economía del conocimiento, con lo cual los paradigmas del pasado ya no sirven para interpretarlo y analizarlo. Las herramientas y habilidades que necesitamos son diferentes. Así, lo que se percibe como una amenaza, claramente puede no serlo si uno lo aborda con una mirada despojada de los prejuicios del pasado. El pensamiento lineal que nos sirvió para analizar el mundo que dejamos atrás, ya no nos dará respuestas para entender el mundo que tenemos por delante. Ahora, la capacidad de progresar estará condicionada por nuestra habilidad para modificar constantemente la forma que tenemos de interpretar los hechos, y no por la cantidad de cosas que sepamos hacer o las ecuaciones que podamos resolver; ya que estas capacidades, en la actualidad, son ejecutadas por medio de robots y de la inteligencia artificial.

En el presente, debemos promover el desarrollo de la inteligencia adaptativa que nos permita aprovechar nuestra capacidad de análisis y razonamiento, junto con la inteligencia emocional que dé orientación a nuestras decisiones. Competir con las máquinas no tiene sentido, del mismo modo que -a inicios del siglo XX- no lo hubiera tenido para los fabricantes de carrozas competir con los de automóviles. Nuestro enfoque debe apuntar a darle una dirección práctica a todos los adelantos tecnológicos que nos permiten desarrollar más las capacidades distintivas que poseemos como seres humanos. En este sentido, Popper sostiene que: “No hay motivo en absoluto para ser pesimistas, de hecho, yo veo el mayor peligro en el pesimismo, esto es, en la continua pretensión de decirles a los jóvenes que están viviendo en un mundo malo. Eso es lo que yo considero el mayor peligro de nuestro tiempo; mayor incluso que la bomba atómica. Hacer creer a la gente que vivimos en un mundo malo, en un mundo hipócrita y no sé cuántas cosas más. Desde un punto de vista histórico vivimos, a mi juicio, en el mejor mundo que ha existido nunca... En realidad, el mundo no sólo es hermoso, sino que los jóvenes tienen hoy día la posibilidad de contemplarlo como no habían podido hacerlo nunca” (Popper y Lorenz, 1991, pp. 58-59). Una clara muestra de esta afirmación, no se relaciona directamente con la difusión bienes

materiales, sino con la posibilidad de vivir en sociedades más libres gracias a la adopción del sistema democrático a lo largo del mundo (Gráfico 5).

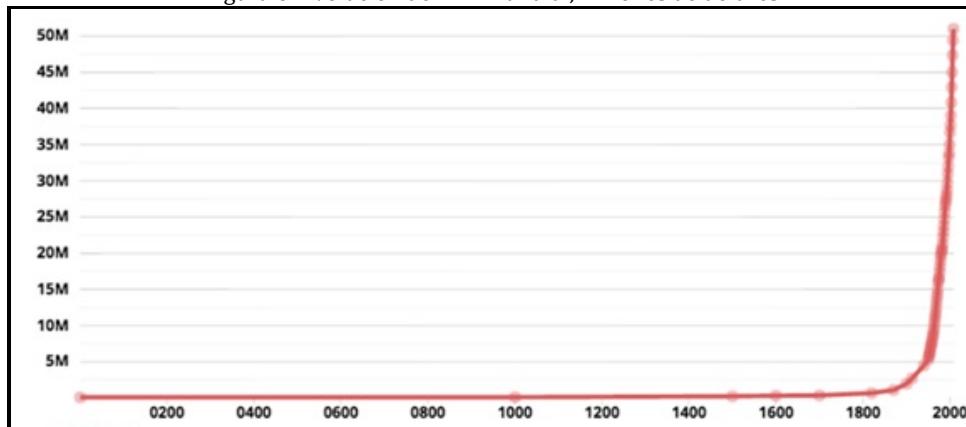
Figura 5. Democracias en el mundo



Fuente: www.diamondis.com/data

Quizás el “problema” que tenemos hoy, es que el mundo se volvió más dinámico para todos. Antes solo los ricos podían experimentar cambios en sus formas de vida. El resto de la población, mayoritariamente rural –hasta comienzos del siglo XX– vivía más o menos en las mismas condiciones en las que habían vivido sus antepasados. En consecuencia, no “sufrían” el efecto de los cambios, ni necesitaban hacer ningún esfuerzo para adaptarse a los mismos, pero, como contrapartida, tampoco disfrutaban de todos los beneficios que ellos acarreaban. El mundo pre capitalista era estático, los cambios eran más un producto de accidentes naturales que de la acción del hombre. Para lograr el espectacular crecimiento que se observa a partir de 1800, tuvimos que estar dispuestos a desafiar toda la estructura de conocimiento que se tenía hasta ese momento. Al hacerlo, nos adentramos en un mundo dinámico e imprevisible, lo cual implicó modificar el *statu quo* político, social y económico, lanzándonos a un proceso de descubrimiento signado por retrocesos, errores, fracasos y pérdidas. Si deseamos progresar, debemos estar dispuestos a sumergirnos en un mundo de cambio e incertidumbre. Todos los adelantos y bienes que disponemos hoy, han surgido de este proceso que se inició a comienzos del siglo XIX (Figura 6).

Figura 6. Evolución del PBI mundial, millones de dólares



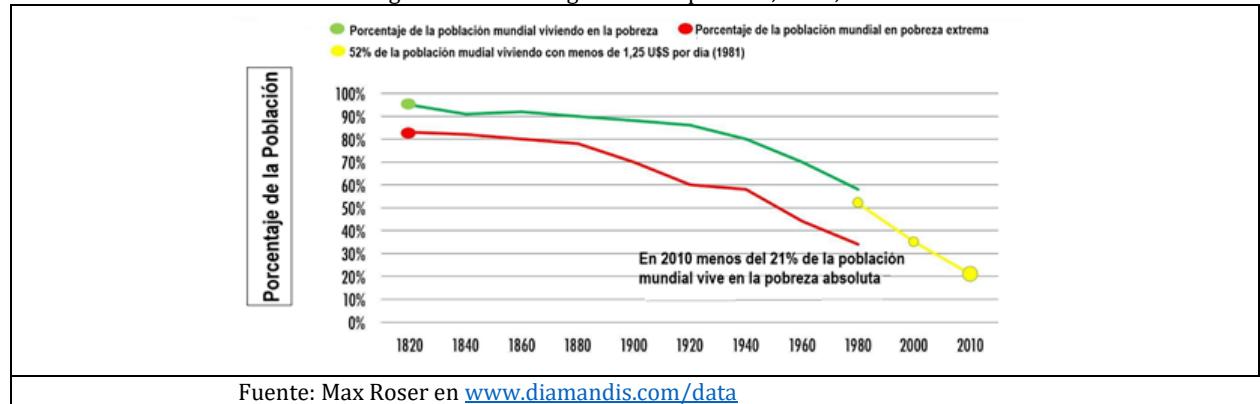
Fuente: Maddison Project

La cuestión, entonces, es ver cómo nos preparamos para afrontar los constantes cambios que el sistema capitalista nos propone. Podemos percibir el mundo como una amenaza o lo podemos abrazar como una oportunidad. La actitud de los primeros es pasiva, piensan que los cambios son negativos y que siempre algo peor está por llegar; por su parte, aquellos que ven el mundo como una oportunidad para hacer algo mejor, tienen una actitud activa, están dispuestos a crear y tomar el destino en sus manos, esta postura implica exponernos al fracaso. Ningún adelanto tiene lugar sin pasar por una etapa previa de unos cuantos fracasos.

Pero solamente existirá un ambiente propicio para los adelantos tecnológicos, en aquellos lugares donde la aversión a los cambios disruptivos sea menor (Mokyr, 1990, p. 153).

Los tres gráficos (5, 6 y 7) que compartimos en este apartado, son una demostración contundente de que vivimos en el mejor mundo que haya existido hasta la fecha. Por supuesto que existen zonas de pobreza extrema, gente que sufre discriminación y gobiernos autoritarios que violan los derechos individuales, pero si miramos la evolución de la humanidad a lo largo de los últimos dos mil años, veremos que recién en el último quince por ciento de este período, se comenzó a producir una tendencia donde los derechos individuales, el respeto por las diferencias, la existencia de gobiernos democráticos y la posibilidad de comerciar con mayor libertad se ha ido expandiendo -con sus avances y retrocesos- en casi todo el mundo. Los últimos casos más notables son los de los países asiáticos que a medida que adoptan reformas tendientes a liberar la actividad de sus habitantes, han logrado disminuir notablemente la pobreza de los mismos (gráfico 7).

Figura 7. Descenso global de la pobreza, 1820, 2010



6 Consideraciones Finales

Para concluir, teniendo en cuenta todo lo mencionado, consideramos que una de las tareas que nos quedan pendientes a aquellos que proponemos la superioridad de una sociedad liberal y capitalista, es la de retomar el control del *relato*. No se trata de abandonar los hechos, sino de mejorar la forma de darlos a conocer. Su mera existencia no alcanza, ya que los colectivistas en su *relato pesimista*, presentan la riqueza como algo que está dado en la naturaleza y que el problema no es de creación, sino de distribución. Por ello, es fundamental explicar cómo se crea la riqueza y, sobre todo, resaltar los valores de una sociedad libre desde el punto de vista ético; especialmente en lo referido al valor de la libertad individual y la cooperación voluntaria entre las personas. A lo largo del siglo XX, muchos intelectuales y comunicadores han vaciado de contenido conceptos como liberalismo, capitalismo e individualismo. La explosión de las redes sociales, les dio a éstos, una herramienta superior a la radio, la televisión y los periódicos, para difundir su visión negativa del mundo.

Si los liberales no utilizan las redes sociales para difundir sus ideas no es culpa de los populistas de izquierda o derecha. Si no logran atraer a los jóvenes a esos principios es porque no han sabido comunicarlos. Quizás todo esto también se deba a que nos acostumbramos a ese *status quo* de quejarnos permanente del *estatismo* y del *colectivismo*. En lugar de ello, podríamos aprovechar que vivimos en un mundo diversificado para resaltar la importancia de la libertad individual como medio para que cada uno pueda elegir qué tipo de vida quiere llevar adelante, haciendo notar que el tiempo que cada uno posee es nuestra más preciada propiedad y que de allí proviene toda la riqueza que seamos capaces de crear. Explicando claramente que no existen motivos para estar sujetos a las decisiones de terceros, sino que tenemos derecho a decidir por nosotros mismos. Cuando los burócratas de turno deciden en qué gastar los impuestos, no sólo deciden sobre nuestro dinero, sino que están decidiendo qué hacer con nuestra vida, ya que para poder pagar esos impuestos tuvimos que trabajar e invertir una gran parte de nuestro limitado tiempo. De este modo, al decidir arbitrariamente en qué gastar nuestro dinero, no solo se quedan con nuestros bienes materiales, sino que, más importante aún, se quedan con una parte de nuestra vida.

Cuando los pensadores liberales del siglo XVIII comenzaron su lucha contra el poder absoluto de las monarquías, lo hicieron con la contundencia de sus ideas y su entusiasmo. Hoy los liberales contamos con el respaldo de dos siglos de progreso, que permitió reducir la pobreza de un 90% a un 10%. Estos pensadores del siglo XVIII, ofrecían un ideal basados en la promesa de un futuro mejor. Nosotros tenemos para ofrecer mucho más que promesas si nos respaldamos en los hechos que hemos reseñado en estas páginas. Seguramente que la tarea nos es encilla, ya que encontraremos muchos obstáculos en el camino, cada cambio que propongamos afectará los intereses de grupos que se han beneficiado con el creciente intervencionismo estatal de las últimas décadas. Pero imaginemos por un instante, cómo era la vida de aquellos que proponían cambios radicales que desafiaban al poder político y religioso a comienzos de 1700, y veremos que habrán tenido muchas más excusas para no hacerlo que las que podríamos esgrimir nosotros. Sin embargo, los primeros liberales siguieron adelante, publicando sus ideas, debatiendo contra las autoridades, enfrentándose con los poderosos de turno. Por todo esto, creemos que estamos ante una gran oportunidad de seguir divulgando las ideas de la libertad y hacerlas visibles al gran público. Tenemos el derecho y el deber de sacarlas de su ostracismo porque en los tiempos que corren son más necesarias que nunca, ya que en muchos rincones del planeta se están creando las condiciones para que vuelvan a aparecer *caudillos totalitarios* con la falsa promesa de resolver todos nuestros problemas.

Siempre habrá necesidades por satisfacer. De hecho, el hombre es un ser que por su naturaleza es inconformista. Pero precisamente esta característica fue la que nos permitió progresar. Cada vez que llegamos a una meta queremos otra y, así, continuamos buscando siempre algo más. Seguramente la pobreza no desaparecerá porque siempre aspiramos a estar mejor, pero si comparamos la pobreza de hoy con la de hace cien años veremos que nos encontramos, en términos generales, en mucho mejores condiciones que nuestros antepasados. Esta búsqueda constante de algo más, es lo que nos lleva hacia adelante y fue el liberalismo el único sistema, a lo largo de la historia, el que ha potenciado nuestra capacidad de crear *un mundo mejor*.

7 Referencias

- [1] Cox, Michael y Alm, Richard (1999), *The Myth of Rich & Poor. Why we're better off than we think*, Basic Books, New York.
- [2] Deaton, Angus, 2013, *The Great Escape. Health, wealth, and the origins of inequality*, Princeton University Press: Princeton.
- [3] Fogel, Robert (2007), *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100. Europa, America and the Third World*, Cambridge University Press, New York.
- [4] McCloskey, Deirdre N. (2010), *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World*, The University of Chicago Press, Chicago.
- [5] Mokyr, Joel (1990), *The Lever of Riches. Technological Creativity and Economic Progress*. Oxford University Press, Oxford.
- [6] Norberg, Johan, 2016, *Progress. Ten Reasons to Look Forward to the Future*, Oneworld Publications: London.
- [7] Popper, Karl y Lorenz, Konrad (1992), *El porvenir está abierto*, Tusquets, Barcelona.
- [8] Popper, Karl (1991), *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- [9] Ridley, Matt, 2010, *The Rational Optimist. How Prosperity Evolves*, Harper-Collins Publishers: New York.
- [10] Sagan, Carl, 2000, *El Mundo y sus Demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, Editorial Planeta: Barcelona.
- [11] Torres, Ariel, "Claves para entender por qué tu teléfono se pone lento", *La Nación*, 15 de julio de 2017.